

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

Más de cinco años tardó Carla Guelfenbein en escribir este libro que, en un principio, era una especie de ensayo-novela sobre el amor pasional y se llamaría "Los tiempos del agua". También contemplaba una parte gráfica, "tengo unas fotos preciosas de lagunas que fui tomando en diferentes partes del mundo; quería que el agua estuviera ahí", explica. Pero la ficción fue ganando terreno y, finalmente, el texto se convirtió en novela, con un título bastante más explícito: *La naturaleza del deseo* (Alfaguara). "Hay ciertos guiños a la no ficción —puntualiza la autora—, en el sentido de introducir elementos que son más del ensayo". Por ejemplo, las referencias a dos grandes parejas de la literatura universal, Tristán e Isolda y Eloísa y Abelardo. "Están en la base para escribir esta novela", cuenta con entusiasmo, mientras toma un café en la sala de su departamento de Providencia, donde la luz entra por amplios ventanales y cada detalle parece revelar a la diseñadora titulada en Saint Martin's School of Art de Londres que es Carla Guelfenbein, quien además estudió Biología en la Universidad de Essex, Inglaterra.

Amantes anónimos

De la idea original también rescató el título y se lo puso al libro de cuentos que está preparando su protagonista. Porque, tal como Guelfenbein, S —a quien conocemos solo por sus iniciales, lo mismo que a F, el exitoso abogado chileno que rememora su



LA NATURALEZA DEL DESEO
Carla Guelfenbein
Alfaguara,
Santiago, 2022,
292 páginas,
\$15.000.
NOVELA

existencia— es escritora e hija de exiliados. Pero S nació en Inglaterra y construye su vida en ese país, donde se casa con un inglés que le da estabilidad y arraigo y con el que tiene dos hijos. El agua, sin embargo, les arrebató a Noah, que a los seis años se ahoga en una laguna, y también arrasa con ellos. Cuando S recibe el primer correo electrónico de F, para que se conozcan, han pasado cinco años desde la tragedia; es una escritora conocida, pero encerrada en sí misma y dedicada a su hija, Elisa. Ya no hay felicidad para ella, eso sería traicionar la memoria de Noah.

Aun así, se produce un primer encuentro que los lleva a vivir, con todos los riesgos consabidos, un tórrido amor pasional.

F es casado y se encuentran en hoteles de distintas ciudades cuando él viaja a seminarios o charlas. Son quince ciudades y una historia que ha sido contada mil veces pero en la que Carla Guelfenbein pone su sello, indagando además en otros temas, como la maternidad, la memoria, el desarraigo, la creación literaria.

—¿Por qué quiso nombrar a sus protagonistas solo con iniciales?

—Tiene que ver, en su origen, con la condición oculta de su relación. Dos amantes anónimos que se encuentran en diferentes ciudades del mundo. Y luego, me di cuenta de que ese anonimato los vuelve cualquiera y todos al mismo tiempo. Hay un momento en que la protagonista dice que, a pesar de que el sentimiento amoroso nos hace sentir especiales, únicos, iluminados por la varita de Eros, al final todos los amantes desean de la misma forma e intentan aplacar ese deseo del mismo modo. En suma, que el amor pasional, en lugar de singularizarlos, nos iguala a los demás.

—Después de ocho novelas, ¿cuál siente que fue el mayor desafío al escribir esta?

—¡Esta novela fueron puros desafíos! Quería crear una historia que me permitiera explorar, de una forma casi clínica, el amor pasional. Qué lo enardece, qué lo mata, cuáles son sus límites, si los tiene. Pero la escritura no es así, y yo debería saberlo a estas alturas. No hay predisposición posible, ni caminos, ni metas trazadas. Una vez que puse en juego a F y a S la historia adquirió su propia autonomía. Muchas veces los lugares a los cuales ellos me llevaban, me producían temor.

—¿Cuánto le costó, en ese sentido, construir las escenas de sexo, las más explícitas hasta ahora en sus novelas?

—Sí, sin duda esta es mi novela más arrojada y explícita en lo que al sexo se refiere. La dificultad radicó, especialmente, en encontrar el lugar estético desde dónde escribirla. Sentía que en cada palabra estaba en juego un mundo. Un mundo que fácilmente podía tornarse mediocre, fútil, un lugar común. Pero no solo eso, el peligro más grave que corría, como escritora, era acobardarme y quedarme a medio camino, y eso era algo a lo que no estaba dispuesta.

En esos guiños al ensayo, Carla Guelfenbein aborda la figura de la escritora Mary Wollstonecraft, autora del primer tratado feminista, en 1762. "Su historia es fascinante —afirma—. Ella es la fundadora del feminismo, básicamente, pero al mismo tiempo que tenía esta capaci-

Me interesaba muchísimo el hecho de que esta anulación del valor intelectual de una mujer por las pasiones no corre en absoluto con los hombres".

Quería crear una historia que me permitiera explorar, de una forma casi clínica, el amor pasional. Pero la escritura no es así".

ENTREVISTA | Autora de nueve novelas

Carla Guelfenbein: "¡Esta novela fueron puros desafíos!"

A veinte años de su estreno en la literatura

—con El revés del

alma—, la exitosa

escritora chilena

publica *La naturaleza*

del deseo, novela en la

que explora el amor

pasional, aludiendo a

dos grandes historias

de la literatura, las de

Tristán e Isolda y Eloísa

y Abelardo.

dad intelectual gigantesca, era una gran enamorada. Tuvo dos amores previos al que yo menciono en la novela, que fue con el hombre que finalmente se casó y tuvo una hija, que es Mary Shelley, la creadora de Frankenstein. Dos grandes amores pasionales, peligrosos, arriesgados, no convencionales. Pero lo grave para las feministas de la época y muy avanzado el siglo XX, es que tuvo dos intentos de suicidio por amor. Y eso no es aceptable, porque aquí la paradoja es que la mujer que tiene la experiencia del pensamiento racional, no puede ser al mismo tiempo una mujer apasionada; el pensamiento racional debiera protegerla de la irracionalidad que significa amar desesperadamente.

—Y no la protege, como tampoco a su protagonista.

—Eso está en el centro de mi novela. Porque S es una mujer que tiene una capacidad de pensar, de racionalizar, es una mujer culta, con referencias importantes, que debieran, ella misma lo dice, "haberme protegido" de este amor desenfrenado, descontrolado, arriesgado. Y lo que me interesaba muchísimo, además, es el hecho de que esta anulación del valor intelectual de una mujer por las pasiones no corre en absoluto con los hombres. Tenemos ejemplos, ¡millones!, partiendo por el Dante. Dante era un ridículo en el amor. Cada vez que se encontraba con Beatriz, se desmayaba o se ponía rojo.

La novela le da una nueva vuelta a la conocida historia de la mujer enamorada de un hombre casado que dice que se va a separar de su mujer. "Lo que yo intento decir es que el amor es como una apuesta: si tú apuestas poco, obtienes poco; si tú apuestas mucho, corres el riesgo de perderlo todo, pero al mismo tiempo tienes la posibilidad de obtener muchísimo. Y la otra dimensión es que ese estado de embelesamiento, de irracionalidad, de alguna manera te hace sensible al resto del mundo. El amor, sin duda, es una forma de desadormecerse, que es lo que le pasa a este personaje. Desde la muerte de No-

ah, S se ha cerrado a la vida. "Ella siente que seguir viviendo y seguir siendo una persona feliz o sensible al mundo es una traición a su hijo. Y vive en el miedo de que un avión le caiga sobre la cabeza. Entonces elige encerrarse en su mundo para no correr más riesgos de ese dolor profundo que ha sentido ante la pérdida de su hijo. Y sin embargo, a pesar de todos estos resguardos, a pesar de toda su racionalidad, a pesar de todos los diques que ella ha construido, este amor irrumpe y ella lo deja entrar".

Un amor clandestino que los arrebató a ambos. "Aquí no hay disparidad de las emociones. Yo creo que los dos lo viven intensamente", dice. Y acude a los amantes de la literatura para explicarlo: "Tristán e Isolda es la historia fundacional de todas las historias modernas sobre amor pasional, como Romeo y Julieta, que parten del hecho de que el amor prospera y florece en la adversidad. Mi proposición es en el fondo que ese amor pasional, con esa intensidad, con esa felicidad, con esa lucidez frente al mundo, solo es posible en esas circunstancias. Y que lo que nosotros hemos visto como fracaso, no lo es. O sea, yo siento que el de Tristán e Isolda es un amor exitoso, en el sentido de su intensidad, de lo que se jugaron, de tantas cosas. Y también mido desde ahí el amor de estos personajes. Mi sensación es que ella sale victoriosa; es decir, ha vuelto al mundo, está consciente, tiene en el cuerpo y en el alma una historia interesante y ha crecido".

Memoria clausurada

—El agua es un elemento que recorre toda la novela, ¿por qué es tan importante para usted?

—Tiene que ver con mi propia experiencia, sin duda. Yo aprendí a nadar súper niña, me gusta mucho nadar. La sensualidad del agua me parece algo maravilloso. El agua es el útero, tiene esa posibilidad de cobijarte, de contenerte, pero al mismo tiempo de arrasar con todo, porque es peligrosa. Hay dos elementos que están en el centro de la novela: el amor pasional y el agua y los dos de alguna manera tienen esa dualidad.

—¿Por qué le interesó el tema de la memoria, que la madre de S ha perdido?

—Cuando una está escribiendo no tiene conciencia de cuáles son las búsquedas existenciales que está haciendo, pero yo siento que en S hay un desarraigo original, en el sentido de que sus padres emigran a Inglaterra cuando son muy jóvenes, ella nace allá, es inglesa, pero tiene estos padres que viven en función de lo que está ocurriendo en Chile, siempre con la esperanza de que la dictadura caiga, con las maletas preparadas durante diez años debajo de una escalera.

—¿Usted lo vivió así?

—No lo viví. Pero siento que es como una metáfora de la memoria y la historia congeladas adentro de una maleta. Esa maleta es la conciencia, es como encerrarla para que no se arranque, para que no se pierda, para que no se difumine. Pero al mismo tiempo es una memoria clausurada. Y ahí sí hay ciertos elementos que tienen que ver con mi familia, que he trabajado en todas mis novelas, como el desarraigo. Mis abuelos, que son judíos de Ucrania!, y venían huyendo de los pogromos, llegan a Chile y encierran dentro de una maleta su memoria, su identidad, de alguna manera, y crían a mis padres como chilenos. Es decir, yo no heredé una tradición hebrea, judía, muy fuerte porque mis abuelos no se las traspasaron. Mi madre se murió cuando tenía 42 años y yo no alcancé a preguntarle ¡nada! Y después mi padre, cuando yo le quise preguntar, ya había perdido la memoria, tenía alzhéimer. Para mí también, de alguna manera, la maleta quedó cerrada y siento que la carga conmigo. Es una memoria a la cual no tengo acceso.

—¿Cree que ese fue el germen de su escritura? ¿La posibilidad y también la necesidad de inventar otras vidas, otras memorias?

—Sí. Eso es tan cierto que desde súper niña yo les inventaba historias a mis amigas. La más famosa, que todavía mis amigas se acuerdan, era que yo era amiga de Batman y Robin. Y creo que lo hacía bastante bien porque ¡me creían! Incluso creaba instancias de encuentro. ¡Y esperábamos! Yo miraba la hora y decía, pucha, es que ustedes saben que son tan ocupados, pero seguro me llaman por teléfono. Entonces yo les contaba las largas conversaciones que tenía con ellos. Era una ficción convenida, ellas se unían a mi historia. Era un pacto que nos otorgaba a todas una dimensión que la realidad no nos podía dar. Sí, yo creo que eso está en el centro. Por eso yo me aferro a la ficción.

Entre otros temas anexos, Carla Guelfenbein describe con cierta ironía el ambiente literario, los encuentros de escritores, a los periodistas que se centran en la vida más que en la obra del escritor. Todo un mundo que ella ha conocido muy de cerca en estos veinte años y en el que, reconoce, ha madurado. "Es un mundo que originalmente me resultó muy duro, muy agresivo, sobre todo siendo mujer escritora y apareciendo tardíamente en el escenario literario. ¡Tenía todo en contra! Aparece esta señora de su casa, con una novela que a las dos semanas está en el primer lugar (de los más vendidos). La crítica fue súper dura conmigo. Y fue como la primera inoculación de la bacteria, que me pegó fuerte, porque todavía no estaba inmunizada. Me encontré con un mundo que de verdad no había imaginado ni en mis peores pesadillas: tanta agresividad, tanta aversión, tanta ironía, en otros escritores, en la prensa. Realmente era un mundo misógino a morir".

—¿Cómo ve ahora ese mundo?

—Obviamente que yo tengo veinte años más de experiencia, de asentarme en el mundo literario, de obtener reconocimientos externos que me dan una cierta tranquilidad. Estoy traducida a 17 idiomas. Me gané una beca de Rockefeller Foundation para ir un mes a Bellagio, en agosto. Después me voy a España, a presentar mi novela. Hay algo que me tranquiliza con respecto al lugar que ocupó. Y lo otro, es que las cosas también han cambiado en estos veinte años. Hay una cantidad de condiciones que te aseguran tener un lugar digno dentro del panorama literario que antes no lo teníamos en absoluto. Entonces ahora sí me permito en esta novela reírme un poco de eso. Tengo todas las vacunas puestas.



FRANCISCO JAVIER OLEA